

cia), y otras cuestiones como la invención del origen de la Universidad.

Estas páginas se completan con una detallada historia de la Universidad entre los años 1861 y 1966 redactada con maestría por Pomante que ocupa más de cien páginas del volumen: la reapertura, la época giolittiana, la reforma Gentile, el fascismo, la segunda posguerra...

La segunda parte está dedicada a la edición propiamente dicha de las memorias. Para ello el editor ha reunido estos materiales en atención a los distintos rectorados y cada conjunto lo precede una semblanza del rector, con las referencias a las fuentes archivísticas y a la bibliografía existente sobre el personaje. A continuación encontramos la transcripción de los documentos.

Un apéndice fotográfico que documenta las páginas anteriores constituye la tercera parte.

Manuel Martínez Neira
Universidad Carlos III de Madrid

ENRIC QUEROL COLL. *L'Antiga Universitat a Tortosa (1529-1824)*. Tortosa: Antena Cultural Tortosa-Universitat Rovira i Virgili, 2013, 108 pp.

El estudio de las Universidades menores en la Península Ibérica durante la época moderna ha vivido una época de esplendor en los últimos años, básicamente gracias al concurso de

historiadores modernistas y de historiadores del derecho, que se han ocupado de algunas Universidades que florecieron desde los siglos XVI hasta el XIX. Con ello se ha ido renovando la historiografía universitaria y se ha permitido un análisis cada vez más completo de estos centros docentes.

Una de las universidades que ha recibido menos atención ha sido la de Tortosa, de la que poco se sabía, sobre todo en comparación con las de Barcelona, Gandía o Valencia. Incluso las Universidades de Vic y de Solsona tienen estudios de conjunto, de los que desafortunadamente carecía hasta ahora el convento-universidad de Tortosa. Con este libro que aquí se recensiona, se colma esta injusta carencia y se inicia una nueva etapa historiográfica.

Su autor, Enric Querol Coll, es doctor en filología y experto en historia cultural de Tortosa durante la época moderna, un perfil que explica el interés por la Universidad y por sus profesores, en tanto que exponentes de una época de esplendor intelectual para esta ciudad. En su trabajo *Estudis literaris sobre cultura literaria a Tortosa* (Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2006) el autor profundizaba sobre la importancia de los escritores residentes en Tortosa durante la época moderna, algunos de los cuales estuvieron ligados a los llamados Reales Colegios.

A lo largo de cinco capítulos, el autor recorre a grandes zancadas y con

bellas ilustraciones, la historia de la Universidad. Querol utiliza el concepto de Universidad en un sentido lato: al buscar la continuidad en la historia cultural, entiende que lo que caracterizaba a una Universidad era la unión de profesores, alumnos y la enseñanza superior de las Artes y la Teología, un hecho que, ciertamente se produjo durante los trescientos años aquí estudiados. Abona esta tesis continuista el estudio cronológico de los rectores del Real Colegio de San Domingo y San Jorge de Tortosa (apéndice I), que fue la base de la Universidad.

En realidad, el embrión de esta sede fue el Colegio de San Domingo y San Jorge, que nació gracias al empeño de Fr. Baltasar Sorio, que transformó en 1528 el lectorado catedralicio, confiado a la Orden de Predicadores, en una casa de estudios. En pocos años pasó a ser un Colegio de la Orden y, tras una serie de donaciones de particulares, fue el lugar de formación de religiosos y laicos, especialmente para el estudio de la Filosofía y de la Teología. Las rentas de particulares no eran suficientes y Sorio buscó una manera de estabilizar un flujo constante de alumnos y de aportación económica a través de un colegio para moriscos, adjunto al de San Domingo y San Jorge. Al final, Carlos V accedió a dotar ambos colegios, sobre los réditos de la mensa episcopal y decidió que el nuevo Colegio de Nuevos conversos, de San Matías y San Jaime, pasara a tener quinientos ducados

anuales y que el de San Domingo y San Jaime tuviera trescientas.

Con estas rentas, era posible construir y mantener el Estudio, así como dotarlo de buenos profesores. Después de numerosos problemas para la fábrica de ambos edificios, el Real Colegio de San Matías y San Jaime fue un centro de enseñanza para los moriscos, cuyos objetivos pedagógicos no fueron muy exitosos. De hecho, como muy bien observa el autor, este colegio era casi un estorbo para los dominicos (p. 34), aunque era necesario para mantener, con sus rentas, el Estudio del Colegio de San Domingo y San Jorge.

Gracias a una bula de Clemente VII, de once de septiembre de 1600, el Estudio dominico pasaba a ser una Universidad pontificia y a poder conferir los grados de Artes y Teología con validez eclesiástica. Felipe III amplió las rentas con una pensión perpetua de doscientos ducados a favor de los Reales Colegios. Desde 1600 se empezaron a colacionar los grados con validez eclesiástica, con gran concurrencia de estudiantes. Precisamente, al ser Tortosa una ciudad equidistante de los tres Reinos de la Corona de Aragón, tanto los eclesiásticos de los mismos como la Provincia de Aragón de la Orden de Predicadores consideraron su oportunidad y procuraron su fama. Los mallorquines estuvieron también presentes en la Universidad, especialmente en sus primeros decenios.

En 1645, Felipe IV, a petición de los dominicos, otorgó el privilegio real para la concesión de los grados, en buena manera como premio de la fidelidad de Tortosa en la *Guerra dels Segadors*. A partir de este momento empieza el período de mayor esplendor de la Universidad, que fue un centro mucho más prestigioso que las Universidades de Gandía, Orihuela y Solsona, e incluso podría decirse que (en algunos momentos) superior en fama a las Universidades de Zaragoza, Barcelona o Valencia, que en el XVII (y especialmente en la segunda mitad de la centuria no brillaron a su más alto nivel).

La formación de los profesores y la calidad de la enseñanza era considerable, a tenor de los juicios realizados a la sazón y que han llegado hasta nuestros días y, sobre todo, de los textos que se han conservado de algunos maestros y rectores. La Guerra de Sucesión supuso un brusco retroceso en esta progresión, puesto que en 1708 las tropas borbónicas entraron en la Ciudad y ocuparon los Reales Colegios. La Universidad sólo pudo recuperarse parcialmente hacia septiembre de 1714, aunque la reforma universitaria de 1717 vino a trastocar definitivamente su proyección. Pese a los múltiples alegatos (pues se trataba de un centro que servía a tres reinos), la Universidad quedó sin la potestad de colacionar grados. En aquel momento, el Colegio de San Matías y San Jaime pasa-

ba a ser una especie de escuela de gramática y el de San Domingo y San Jorge, un estudio de Artes y Teología. Los Reales Colegios, por lo tanto, funcionaban como una suerte de Universidad, aunque sin posibilidad de conferir grados académicos.

En un intento de suavización del mapa universitario catalán, parece ser que a principios del XIX se consiguió que los Reales Colegios se integrasen en la Universidad de Cervera, aunque la Guerra del Francés, el Reinado de Fernando VI y el Trienio Liberal fueron épocas muy agitadas y convulsas. Al final, como destaca Enric Querol, el problema no vino ni del Rey ni de Cervera, sino del propio obispo de la diócesis que, a la postre consiguió lo que había intentado a lo largo del XVIII: establecer un seminario conciliar. Para ello, el obispo Víctor Damián Sáez erigió en seminario el Colegio de San Matías y San Jaime (y ponía al frente del mismo a un dominico ultramontano), así como dejaba subsistente el de San Domingo y San Jorge, en el que los seminaristas acudían para algunas clases. Se siguió de tal guisa hasta 1835, año de la exclaustación, en el que los Reales Colegios dejaron de tener la presencia de los dominicos.

La obra concluye con la nómina de los Rectores del Real Colegio de San Domingo y San Jorge y con el Memorial presentado en la Corte en 1717 para conservar la patente de

otorgar grados. En fin, un libro muy sugerente, que supone un estado de la cuestión y una visión de conjunto de la Universidad de Tortosa. Ojalá siga trabajándose en esta dirección, tanto en el estudio de las diferentes épocas de esta Universidad, como de

otras de la Corona de Aragón, cuyo estudio es aún imprescindible para conocer mejor la historia cultural de la época moderna.

Rafael Ramis Barceló
Universitat de les Illes Balears